

# La crisis de la universidad

Escribe: FRANCISCO JAVIER ZULUAGA Z.

La universidad es el reflejo de la crisis que conmueve al mundo contemporáneo. Fuera de algunas voces aisladas, en realidad, quizás nadie ha intentado un estudio serio sobre las causas que han influido en su deformación espiritual.

Las nuevas generaciones, como una protesta contra la cátedra estéril y anacrónica, con justificada razón, han vuelto por los fueros de la libertad de pensamiento. Pero, desafortunadamente, ellas no han podido comprender el sentido específico de este concepto. Los tropiezos que la libertad ha tenido a lo largo de su historia, obviamente, se manifiestan en la crisis de la universidad. Sin embargo, tal fenómeno, solo puede ser comprendido por aquellas personas para quienes la vida intelectual tiene existencia.

La universidad, para que cumpla su función, debe ser crítica, es decir, analítica. Debe luchar contra la simulación que en la cátedra ha recibido carta de naturaleza. Desde ella, bajo el signo de un deporte inocente, la palabra cultura cobra un valor mitológico que la desprestigia. La universidad, en lugar de constituir un instrumento adecuado para la formación intelectual y moral de la juventud, es

algo que hoy nos inspira desconfianza. La desorganización intelectual de los máximos institutos de enseñanza superior, con contadas excepciones, no responden a la esencia de la universidad. Solo representan un aspecto fragmentario, escindido de pies a cabeza, de lo que significa su ser en el mundo de la cultura. La universidad, como mecánica de la vida intelectual, no cumple con su misión. Los profesores, tan lejanos y ausentes de la vida cultural han hecho de la cátedra una profesión, pero no una auténtica vocación. Viven de ella, pese a la inercia intelectual que acusa su exposición "docente". Fuera de estos rasgos anotados, por razones de orden político, la cátedra se ve asaltada por los falsos prestigios que viven de la mentira y de la ficción. Por gentes sin ningún valor que monopolizan los honores y los nombramientos. Llegados por azar a la cátedra, son los profesores que poseen "conocimientos" pero sin ninguna sabiduría; dueños de "creencias" pero sin ninguna fe.

Ante un mundo envejecido que se arrastra como un animal prehistórico, con sobrada razón, las nuevas generaciones exigen de la universidad una respuesta a cerca del hombre y de la sociedad. Pero

la universidad, muy a pesar suyo, sigue siendo el producto de una rutina anónima y secular. La universidad se convierte, así, en una fábrica en donde asoma, con cierta timidez, la especie proletaria del profesional, sin conocimientos de sí mismo, de la sociedad y del mundo.

Ante nuestros ojos la universidad se derrumba como un edificio podrido; mas sin embargo, nosotros nos resistimos a ver en ella los signos de su destrucción y a tomar en cuenta las posibilidades de su recreación. Bostezamos ante un abismo que se abre en nuestras propias narices, pero nos negamos a reivindicar, en todas sus formas, las condiciones sustanciales de la vida universitaria.

A la denominada "vida académica" no le incomoda hablar de retribución, de coaliciones, de comercio libre, de estabilización económica, de rehabilitación, etc., pero le estorba el contenido ético de la enseñanza; le alarma la esencia de la justicia. Todo esto se hace a nombre de una sociedad técnica, sin morada en la vida interior, vuelta hacia fuera. De una sociedad, sin arte ni pensamiento, que vive de las condiciones externas de una disciplina. Esta época no es la época del florecimiento del genio, del modelo humanístico, que se somete a una regla superior de orden y armonía. La sociedad técnica ha confundido la finalidad humana, ya que esta no consiste solamente en la producción de la fuerza industrial, ni en el poderío militar, ni en la fabricación de artefactos destructores. El hombre, por naturaleza, tiene que enfrentarse, primeramente, con valores y con fines; accesoriamente, con medios, utiliza las técnicas y los procedimientos.

La auténtica función de la universidad, a nuestro juicio, se funda en el supuesto educativo que promueve el desarrollo moral, intelectual, estético y espiritual del hombre. La vida intelectual, en una de sus varias formas, es trato humano. Este trato ha sido suprimido en los estados totalitarios. Para cumplir su función inhumana, de hecho, han reemplazado a la universidad por un conjunto de escuelas que dedican su actividad al cultivo estricto de la ciencia positiva y aplicada. Es la aparición de la universidad técnica la que da pábulo a la formación del poder económico, más eficaz y más temible que el poder político.

La civilización industrial expresa todas sus formas de vida en fórmulas matemáticas, físicas o químicas, pero, de antemano, se siente incapaz para el manejo de las ideas universales. De aquí que la incultura política característica de nuestros países latinoamericanos sea la expresión de un pueblo sin convicciones intelectuales. Su modelo no puede ser el humanista, sino un tipo de hombre que se mueve por oscuros impulsos económicos. El papel de la universidad, en el mundo contemporáneo, consiste en restaurar las reglas de juego de la inteligencia. En demoler, hasta donde le sea posible, la pedante sabiduría del técnico. La universidad, en todas sus manifestaciones, debe coincidir con la vida intelectual. Esta condición es la que no ha podido entender la cátedra universitaria. El profesor es un punto muerto en la vida de la universidad, pues, además de su conformismo representa sus vicios y sus defectos. Desconoce que la ciencia, en sentido estricto, tiene sus justos límites. El conocimiento científico de las cosas no es cono-

cimiento del ser. Este conocimiento, tal como lo entiende la ciencia moderna, es un conocimiento particular dirigido a los objetos. Sin disciplina filosófica, previamente, está demostrado que es imposible descubrir el fundamento mismo de las ciencias humanas. La ciencia, dentro del saber general, solo representa una pequeña provincia de cerrado horizonte.

En nuestro tiempo, sobre todo el técnico, ha abusado demasiado de la expresión "investigación". Se ha negado a admitir que esta expresión también es sucedánea de la vida intelectual creadora. Los métodos particulares de la ciencia, por vía de ejemplo el de las ciencias biológicas, trasladados al campo de investigación social, constituye una de las más graves equivocaciones de los "bárbaros civilizados". Uno es el método de la ciencia biológica que investiga la naturaleza física del cuerpo humano, y otro es el método aplicable a las ciencias sociales, que tiene por objeto investigar los actos humanos que se desarrollan dentro del campo de la libertad.

El tipo de hombre que hoy nos ofrece la universidad, reeditado con todos los signos de la barbarie de nuestro tiempo, es una especie de autómatas, muy parecido en sus movimientos al conductor de automóviles, que solo conoce su menesteroso oficio particular. El técnico, por su deficiente formación intelectual, vuelve su espalda al hombre como si él fuese su enemigo. Un país que reniega de la cultura tendrá, muy apesado suyo, que conformarse con tragar la miseria de la gloria. La ciencia, tal como se aplica en nuestro tiempo, es una protesta contra la filosofía, es la negación de toda sabiduría. En

cambio la filosofía, tan humilde en sí misma, nutre sus raíces de la materia positiva que le suministra el conocimiento científico tanto de la naturaleza como del hombre. Si el país requiere de técnicos, de especialistas y obreros calificados, no es menos cierto que necesita también de conductores, de hombres de conocimientos profundos para el noble ejercicio de la libertad.

En lo que toca al aspecto formal de las ciencias del espíritu, en nuestros días, ha tomado fuerza la crisis de la justicia. Nuestras facultades de derecho, fuera de la pobreza intelectual de alumnos y profesores, carecen del análisis lógico de las normas jurídicas. El Derecho Romano, con todo su significado anacrónico, es recitado por el profesor embalsamado, para quien no existe la asignatura de una filosofía del derecho.

Al filósofo, por naturaleza, le corresponde investigar cuál es el origen de la autoridad y la razón de su obediencia. El derecho positivo, el **jus positum**, es creado por el poder sin que, con esta afirmación, neguemos la existencia de un derecho natural que le sirva de matriz. Entre las fuerzas creadoras del derecho, además del poder, debemos hacer cuenta de las causas morales, económicas e ideológicas, que concurren a su formación. En nuestros días el derecho, como forma reguladora de un modo específico de la vida humana, ha renegado de su modelo humanístico. El magistrado, el juez y el abogado, ya no condicionan su conducta a la ley. El derecho, en su ejercicio, ya no supone las reglas del juego. Si el torero —como dice un filósofo de nuestro tiempo y discípulo de Ortega— perplejo con el estoque y la muleta, saca una pistola de

nueve largo, allí termina la corrida. Son justamente las reglas las que determinan la capacidad creadora. Otro tanto, a nuestro juicio, sucede con la administración de justicia. Si el magistrado o el juez no observan las reglas del juego que son las normas jurídicas, entonces previamente el Estado ha dejado de prestar la más importante de su funciones. El ciudadano que ha sido defraudado con un juego sucio, no podrá comprender, jamás podrá comprender la esencia de la justicia. Esta desconfianza por la administración de justicia. en nuestros días, empieza a provocar determinadas reacciones en el cuerpo social. La justicia, a manera de una comparsa trágica, se ha tornado en amenaza para la comunidad.

La crisis de la justicia, en realidad, es a la universidad a quien corresponde resolverla. Para esta solución, debe incorporar a sus estudiantes a la tradición filosófica de las ciencias jurídicas. Sociología del derecho, ética, ciencia política, antropología, sicología positiva, sicología social, psicoanálisis, antropología cultural, etc., deben ser unas de las tantas asignaturas obligatorias en las facultades de derecho.

El Estado debe coordinar sus esfuerzos hacia una auténtica reforma universitaria, pues, de lo contrario, tendremos un sector de profesionales impreparados, indignos, que estarán infestando la vida social en nombre del orden y de la justicia.